

XVI.

Hablábamos de una oda del señor Caro á la estatua del Libertador, con ele grande.

Porque es de saber, que, efectivamente, el excelentísimo señor don Miguel Antonio Caro, actual presidente de la república de Colombia, ha *cantado* en sus mejores tiempos á la estatua del Libertador (en la plaza mayor de Bogotá.)

No crean ustedes que este paréntesis, copiado del original, quiere decir que el señor Caro ha cantado en la plaza mayor; no, no quiere decir eso, aunque lo diga.

Quiere decir que la estatua del *Libertador* está en la plaza mayor de Bogotá.

Por lo demás, el señor Caro habrá cantado desde su casa probablemente.

¡Pero qué canto el suyo!

Con *cantos* así, aunque sólo vayan contra la efigie, bien paga al pobre Bolívar su pecado de ingratitud á España, del cual parece que

estaba ya algo arrepentido al morir, en vista de los frutos de su obra.

Y eso que no vió más que la primera cosecha.....

Que si hubiera podido ver las sucesivas; si hubiera podido ver la sangrienta serie de guerras encarnizadas entre repúblicas limítrofes por un quitame allá esas pajas, y la cuasi periódica celebración de lujosas hecatombes dentro de una misma república, para poner un presidente en lugar de otro, es de creer que hubiera llorado amargamente.

En fin, el caso es, que el señor don Miguel Antonio tira á la estatua del *Libertador* estos cantos... rodados.

Después de decir:

«No le turba la fama  
Alada pregonera, que tu gloria.....»

recordando á fray Luis de León que dijo:

«No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera»,

entra el señor Caro en sus propios dominios y dice:

«Ni á sus ojos te ofreces  
Cuando, nuevo Reinaldo, á ti te olvidas,  
Y el hechizante filtro hasta las heces  
Bebiendo.....»

Y envidia vil desflora  
Con rabioso azotar la *íclita* rama,  
Con que piadosa gratitud decora  
Tu frente creadora  
Que el honor de los Césares *desama*.....»

Es claro. Para concertar con rama... *desama*.

Después del *desflora* y del *rabioso azotar* la rama *íclita*.....

«Ya el obcecado hermano.....»

¡Buen par de asonantes!... Sin perjuicio de que uno de ellos sea ripio.....

«Ya el obcecado hermano  
El arma revolvió contra tu *pecho*,  
Y en el confín *postrero*...  
(¿Otro asonante?... y ripio verdadero)  
Y en el confín *postrero* colombiano  
Te brinda *hidalgo hispano*  
(¿Asonantes aún? ¡Empeño insano!)  
Si patria te faltó, su honrado *techo*.»

«A ese asilo *postrero*.....»

Todo es *postrero* aquí, los confines, los asilos, todo.

«¿Qué asolación augura  
La voz doliente que en los aires gira?  
De negra ingratitude víctima *para*  
(Negra *ingra*... ¡cosa dura!)

En *hórrida* espesura  
¡Cielos! el héroe de Ayacucho espira.»

¡Cielos! ¿Qué nos cuenta usted?  
¿En espesura *hórrida*?... ¿Y por qué *hórrida*?... ¿Por llenar el verso?... Lo mismo la podía usted haber llenado *mágica* ó *célica*...

«En tan *solemnes* días,  
Por la orilla del mar, *los pasos lentos*  
Y *cruzados los brazos, cual solías*.....»  
(¿Con estas prosas frías,  
De conquistar la gloria tiene intentos?)

En tan *solemnes* días, *los pasos lentos*, y  
*cruzados los brazos, cual solías*...  
¡Cuidado que es prosaico todo esto, don  
Miguell...

«En tan *solemnes* días,  
Por la orilla del mar, *los pasos lentos*,  
Y *cruzados los brazos, cual solías*,  
Hondas melancolías  
Exhalabas á veces en lamentos.»

A veces... sí, á veces es usted muy prosaico,  
y á veces algo más todavía.

«En *sordos* aquilones,  
Oías como *lúgubres* señales:  
Si caerán sobre mí las maldiciones

De cien generaciones  
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!.....»

No es poesía, pero es verdad.

«No *tremendo*, no *adusto*  
Revives.....»

No se sabe si quiere decir que el libertador  
no revive, ni *tremendo* ni *adusto*, ó quiere decir  
que revive, pero no *adusto* ni *tremendo*.

«No *tremendo*, no *adusto*  
Revives: del *fragor* de la pelea  
Descansas ya... Mas *tutelar*, *augusto*,  
Doquier se alce *tu busto*  
Con *plácida* elación se enseñorea.....»

¡Con *plácida* elación!

«El *divinal aliento*.....»

*Al-al, al-al... imón...*

«Que anima á la materia y *transfigura*.....»

¿*Transfigura* qué? Porque tal como está hecho el verso, parece que el *divinal aliento* va á *transfigurar* otra cosa.

Y sin embargo, no es así. El *divinal aliento*, según la infeliz expresión del señor Caro, *transfigura á la misma materia* que anima.

Aunque esto estaría mejor expresado diciendo

Que á la materia anima y transfigura.

Así no tendríamos anfibología.

«El *divinal aliento*  
Que anima á la materia y *transfigura*  
*Nobilísimo humano* sentimiento,  
*Final recogimiento*  
Cuanto á el alma enaltece ó la *depura*.  
En *mística amalgama*,  
Cual *vago nimbo* de tu excelsa frente,  
No *imitación, veneración* reclama.»

*Recipe:*

*Divinal aliento*, que transfigura, *nobilísimo* sentimiento *humano, recogimiento final...*

Mézclese según arte académico en *amalgama mística*, y háganse con ello treinta y dos píldoras, digo, estrofas, *cual nimbo vago* de la frente *excelsa* de don Simón, que *reclama*, no *imitación, veneración...*

¿No es verdad que es imposible hacer nada más malo?

No, no es verdad; porque el mismo don Miguel tiene un romance, en variedad de metros y de despropósitos, titulado *Sueños*, peor que las odas á la gloria y á la estatua.

Empieza así:

«Reclinado sobre hojas *macilentas*,  
Que el tronco *cercan* del *anciano aliso*  
En tu *verde ribera solitaria*.  
¡Oh, *claro río!*  
*Miro* los montes,  
Los cielos *miro*.

*Doy suelta al pensamiento*, y el pensamiento *vago*  
Se duerme de tus ondas al *amoroso ruido...*»

¡Qué pensamiento más manso y más humilde!...

Le dan suelta y, en vez de irse á los trigos, se echa á dormir á la vera del amo.

Algunos borriquillos tienen así los aceiteros, pero muy pocos: de ciento uno.

¡Y todavía llama don Miguel *vago* á su pensamiento, cuando es un doctrino!...

Verdad es que también llama *verde* á la ribera y no lo debe ser, si es que están ya *macilentas* las hojas...

A bien que *macilentas* las llamaría para hacer asonante con *cercan...*

*La vuelta á la patria* se titula otra composición del señor Caro.

El asunto no puede ser más poético, ¿verdad...? pero no se agucen ustedes, porque tampoco aquí encontraremos poesía.

Empieza el señor Caro, diciéndonos:

«Mirad al peregrino...»

Bueno, le miraremos; por eso que no quede.  
Ya le estamos mirando. Siga usted:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado...!»

¡Caramba! Ese adjetivo es muy poco poético. Mas... consolémonos con la esperanza de que todavía los habrá peores, y sigamos leyendo á don Miguel Antonio:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado...»

La conexión de los dos adjetivos tampoco es muy grande. Si no los sujetara la conjunción copulativa, se marcharían cada uno por su lado seguramente.

Esto me recuerda aquello de don Aureliano Fernández Guerra, en la biografía de Hartzenbusch:

«Desde que perdió á su *excelente y segunda* esposa...»

Doliente y trocado...  
Vamos adelante:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado!  
Apoyándose *lento* en su cayado...»

¿Apoyándose *lento*?

¿Y cómo puede uno *apoyarse lento*...?

Podrá caminar *lento*, eso sí: pero en el *apoyarse* no puede haber lentitud ni ligereza; no hay más que apoyarse... ó no apoyarse.....

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado!  
Apoyándose *lento* en su cayado  
Qué solitario va por su camino.»

Bueno: en esto último, en lo de ir *por su camino*, hace bien.

Aparte de que no es suyo sólo; y por consiguiente sería mejor que dijera, *va por el camino*; porque ese pronombre posesivo sustituyendo al artículo, da cierta bajeza, cierta familiaridad á la frase, que no cuadra á la solemnidad del asunto.

Por lo demás, repito que en lo de ir por el camino hace bien, y yo le alabo el gusto á don Miguel Antonio, no el de poeta, que es rematadamente malo, sino el de caminante.

Pues aún cuando pudiera haberse ido por el atajo y llegaría primero, el refrán dice que «no hay atajo sin trabajo», y los refranes siempre son atendibles.

Vamos á la segunda estrofa:

«En su primer mañana,  
Alma alegre y cantora  
Abandonó el hogar.....»

No sería por fuerza en la primer mañana, sería en la primera juventud, en la primera edad.

¿Cómo había de abandonar el hogar un niño recién nacido?... Ni en brazos de su madre, que tampoco podría viajar de recién parida.

A no ser que se viera en tan apurada necesidad como la señora de don Amadeo de Saboya, de triste y progresista recuerdo; la cual, en semejante situación, tuvo que surtir del palacio de la Plaza de Oriente para trasladarse á su tierra.

Porque como su *caro* esposo había venido á hacer de rey y se invalidó la contrata.....

Mas volvamos á nuestro peregrino:

«En su primer mañana,  
Alma alegre y cantora.  
Abandonó el hogar, como á la aurora...»

¡Ah! ¿También abandonó á la aurora?...

No; es una comparación ripiosa que concluye en el verso siguiente:

«Abandonó el hogar, como á la aurora  
Deja su nido la avecilla ufana.»

Bueno; adelante:

«Aire y luz, vida y flores  
Busca en la vasta y fría  
Región que la inocente fantasía  
Adornaba con mágicos fulgores.»

Psche... Vamos á otra.

«Materia da á su llanto...»

Materia... da... á... Muy malito, señor presidente, muy malito.

A más de que eso de *dar materia* al llanto tampoco está bien. Las contrariedades puede decirse que dan ocasión, dan motivo al llanto, pero no *materia*; porque materia del llanto es el agua salada que sale por los ojos, y esa cada uno la lleva dentro de sí.

«Materia da á su llanto  
Cuanto el hombre le ofrece;  
Y la risa en sus labios no florece...»

Claro que no. Ni en los de nadie... como diría en verso el señor Balart, cuidando de que *irradie* antes cualquier cosa.

¡Mire usted que florecer la risa!

«Y la risa en sus labios no florece,  
Y olvidó la nativa voz del canto.»

Nativa voz, va-voz... Y todo el verso es prosaico y duro.

Otra estrofa:

«Hízose pensativo;  
Las nubes y las olas  
Sus confidentes son, y trata á solas  
El sitio más repuesto y más esquivo.»

¿Cómo, cómo?... ¿A ver qué es eso de tratar á solas el sitio más repuesto?...

Me parece que eso de tratar los sitios, por esquivos y repuestos que sean, es una novedad que merece consignarse.

Saltando sobre otras muchas estrofas iguales á las ya copiadas, se llega á una, que dice:

«El pobre peregrino  
Ni ve, ni oye, ni siente;  
De la patria la imagen en su mente  
No existe ya, *sino ideal divino.*»

«La imagen de la patria no existe, sino ideal divino...»

La sintaxis es la que no existe para el señor Caro y demás poetas *ejusdem furfuris*.

¡Y qué soneto tiene el señor Caro  
Titulado, en latín, *pro senectute!*  
De todos los poetas de matute  
Ninguno ha introducido otro tan raro.  
Yo, rey de los sonetos le declaro,  
Y nadie á complacencia me lo impute...  
¡Cuán dulce en el oído repercute  
Aquel archipoético disparo.  
De ripios, asonancias y durezas!...

¡Calla! ¿Pues no estaba yo haciendo otro soneto malo para censurar el de don Miguel Antonio?...

¡Lo que es el mal ejemplo!...

El soneto del señor Caro empieza así:

Tú que emprendiste *bajo albor temprano*  
La áspera senda con *ardiente brío*,  
Y ora *inclinado* y con andar *tardío*,  
Rigiendo vas el *báculo de anciano...*»

Hasta ahora no hay más de particular que estos asonantes de *báculo* y *anciano*, las durezas de *bajo albor* y *vas con báculo*, y los epítetos *temprano*, *áspera*, *ardiente*, *inclinado* y *tardío*.

Esto en los cuatro primeros versos, en el primer cuarteto.

El segundo dice:

«Torpe el sentido y el cabello *cano...*»

Sigue la lluvia.

«Torpe el sentido y el cabello *cano*.  
No te acobarden; ni en sepulcro *frío*  
Contemples con *doliente desvarío*  
De *rápido* descenso el fin *cercano...*»

Inventario de las galas del segundo cuarteto: *torpe, cano, frío, doliente, rápido y cercano...*

Amén de llamar *desvarío*, por la fuerza del consonante, al juicioso pensamiento de la muerte.

No haga usted caso de los aduladores, señor Caro.

Créame usted á mí.

No es usted poeta.